
HOMENAJE



JAVIER MUGUERZA, EL FILÓSOFO DE LA TRANSICIÓN

En él descollaba el ingenio de su proverbial perspicacia, la cual sólo palidecía ante la generosidad de su benevolencia, por mucho que quisiera hablarnos *Desde la perplejidad*.

ROBERTO R. ARAMAYO

Javier Muguerza nació en julio de 1936. No pudo conocer a su padre, porque junto a otros miembros de su familia le fusilaron en los primeros días de la contienda. Como tantas otras familias de uno u otro bando, la suya conoció los traumas propios de una cruenta Guerra civil. Esta tragedia marcaría su vida y su pensamiento. Desde siempre le obsesionó el tema de la reconciliación y nunca dejó de intentar interceder para que las posturas antagónicas lo fueran menos. Otra cosa es que tuviera mayor o menor éxito en esa tarea.

Al tender puentes, puso un especial énfasis en hacerlo con Latinoamérica, interesándose por el exilio republicano y la figura de lo que José Gaos dio en llamar *trasterrado*. Aunque contaba con cercanos interlocutores en Argentina, Colombia o Perú, México fue por muchas razones una cabeza de puente para este acercamiento, propiciado por el tándem que Javier Muguerza hizo con Fernando Salmerón, al convocar ambos los primeros encuentros iberoamericanos para unir las dos orillas filosóficas del Atlántico bajo la divisa de *pensar en español*.

En realidad, él mismo padecería una suerte de transitorio exilio interior, al obtener su primera cátedra en las Islas Canarias. El destino tinerfeño podría haber supuesto para cualquier otro verse condenado al ostracismo, pero Javier Muguerza supo mantener bien alto el pabellón filosófico que Emilio Lledó había izado allí, lo cual suponía todo un desafío, e incluso encabezó una revuelta estudiantil para que los alumnos pudieran cursar su licenciatura completa en La Laguna.

De aquella época datan *La concepción analítica de la filosofía* y una obra de referencia como *La razón sin esperanza*. Le interesaba lo que pudiera dar de sí el denominado “giro lingüístico”, al igual que a Ferrater Mora, pero nunca renunció a casarlo con las herramientas de la dialéctica y el marxismo cálido de Bloch, cuyo *Principio esperanza* tradujo por cierto Felipe González Vicén, un filósofo del derecho estudioso de Kant afincado en La Laguna.

A Javier Muguerza también le interesó mucho el pensamiento de Kant y, de hecho, en una entrevista que le hicieron Carlos Pereda y María Herrera, él mismo presentaba sus obras como sendas *Críticas* donde se replanteaban las preguntas kantianas, como yo mismo he recalado en otros lugares. Los bicentenarios de la *Crítica de la razón práctica* y de *Hacia la paz perpetua* originaron seminarios que darían lugar a sendos volúmenes colectivos acreditados por Javier Muguerza: *Kant después de Kant* y *La paz y el ideal cosmopolita de la Ilustración*.

En *La alternativa del disenso* Javier Muguerza quiso completar las formulaciones kantianas del imperativo categórico con su célebre “imperativo del disenso”. Él concebía el disenso como una herramienta fundamental para obtener nuevos y renovados consensos, como un ins-

trumento para explorar nuevas dimensiones de los derechos humanos, con el fin de poder soñar un mundo mejor y contribuir a cambiar lo que no sancione nuestro fuero interno, lo que obviamente no supone tratar de imponer a los demás nuestros propios criterios u opciones vitales, pero sí el no secundar aquello que consideremos injusto y argumentar para que no predomine la intolerancia del fanatismo.

Puede resultar más complejo ponernos de acuerdo sobre lo que sea la justicia, pero no sería poca cosa evitar cometer injusticias y por eso intervino en el debate mantenido por varios iusfilósofos acerca de la obediencia debida. Esta puede acarrear esa banalización del mal denunciada por Hannah Arendt, al comprobar que un probo funcionario prusiano podía tomar en vano un perverso sucedáneo del imperativo categórico kantiano para justificar su involucración en la barbarie nazi.

Entre sus colegas siempre fue una especie de *primus inter pares*, por su arrolladora personalidad carismática y una inteligencia excepcional que le hacía estar al tanto de todas las novedades. No dejó de bregar con la ética discursiva de Habermas o las propuestas de Rawls, al igual que respaldó el incipiente feminismo académico que daba sus primeros pasos de la mano de Celia Amorós, mientras acudía regularmente al foro del hecho religioso a instancias de José Gómez Caffarena.

En términos académicos su mayor hazaña seguramente fue la de rescatar a la filosofía moral y política del oscuro rincón al que la había relegado el franquismo, para convertirla en el ámbito predilecto de la reflexión filosófica que debía seguir a la Transición democrática, lo que seguramente hace de él el filósofo más emblemático de ese periodo. Gracias a su apoyo pudieron ir despegando las trayectorias de pensadoras con una enorme proyección social como Victoria Camps, Adela Cortina o Amelia Valcárcel, aunque una nómina más exhaustiva incluiría nombres como el de Fernando Savater, al desempeñarse éste como catedrático del área en cuestión.

Como suele recordar Concha Roldán –la actual directora de Instituto de Filosofía del CSIC–, Javier Muguerza se caracterizaba por leerlo todo y citar a todos, ya se tratara de una tesis o el trabajo aún por publicar de un joven estudiante. Sus propios libros fueron dados

a conocer previamente en conferencias memorables y eran esperados con auténtica expectación. Cada conferencia era un pequeño acontecimiento y es de los raros casos en los que se admitía con alborozo que el conferenciante leyera su texto, que había sido redactado para la ocasión con un esmero absolutamente inusual. Sus páginas estaban escritas para ser declamadas por su autor al modo en que un poeta declama sus propios versos con una cadencia magistral.

Nos quedan ahora por descubrir los manuscritos inéditos que alberga el archivo legado por sus familiares a la Universidad de La Laguna, junto a su biblioteca personal, que está siendo mimado por un equipo de excelentes bibliotecarias. Una vez digitalizados y estudiados, esos manuscritos podrían venir a cumplimentar la edición de unas obras completas donde se incluyeran textos hoy dispersos, cual sería el caso de “El tribunal de la conciencia y la conciencia del tribunal” o “Ética y metafísica”, por ceñirnos únicamente a un par de ejemplos.

Javier Muguerza rehuyó la tentación de intervenir en la política, porque no creía en la panacea platónica del filósofo rey y entendía, una vez más con Kant, que la filosofía debe estar en el ala izquierda del parlamento universitario para criticar de oficio al poder sin dejarse contaminar por él y allegar argumentos para ir mejorando sus iniciativas. Tampoco aceptó puestos burocráticos de alto rango, pese a que se le brindaron en más de una ocasión, porque no tenía madera para eso, aun cuando su impulso personal resultó imprescindible para estructurar las Facultades de Filosofía de la UNED y la Universidad de La Laguna o el Instituto de Filosofía del CSIC.

También contribuyó decididamente a que se hicieran los congresos filosóficos iberoamericanos y echase a andar la Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía. El único puesto que conservó durante largo tiempo fue la dirección de su querida revista *Isegoría*, a cuyo consejo de redacción ha pertenecido hasta el final, y que no hubiera visto la luz sin su legendario empeño.

Otra cosa que caracterizó a Javier Muguerza fue rehuir asimismo todo tipo de premios o galardones que, sin embargo, procuraba obtener para aquellos a quienes apreciaba formando parte de los jurados

correspondientes. Dicho sea de paso, no estaría mal que ahora se le concediese algún reconocimiento oficial, aunque ya deba hacerse a título póstumo; estoy seguro de que me regañaría cariñosamente por hacer semejante propuesta, pero ahí queda por si acaso y por aquello del disenso. Acaso la UNED pudiera poner su nombre a un aula y el CSIC hacer otro tanto con su Instituto de Filosofía. Y ojalá se creara una Fundación que velase por su legado.

En Javier Muguerza descollaba el ingenio de su proverbial perspicacia, la cual sólo palidecía ante la generosidad de su benevolencia, por mucho que quisiera hablarnos *Desde la perplejidad*. Aun cuando durante las tres últimas décadas del milenio pasado y la primera del presente siglo, Javier Muguerza haya sido el mentor de varias generaciones filosóficas, lo mejor de su legado, sin lugar a dudas, no es su liderazgo institucional o su obra publicada e inédita, con ser cosas muy importantes, sino la honda e indeleble impronta que dejó en el corazón de todos aquellos que tuvieron la ocasión de conocerle y escucharle.

Ahora se puede seguir leyendo sus páginas, donde el rigor ensayístico se combina con un estilo literario realmente notable que hace su lectura muy amena. Como ha escrito Jacobo Muñoz, la pluma de Javier Muguerza se homologa sin problemas con las de Unamuno, Ortega o Zambrano. El gremio filosófico que piensa en español está de luto por uno de sus exponentes más egregios y cunde cierta sensación de orfandad, sólo comparable a la desaparición de quien fue uno de sus grandes maestros: José Luis López Aranguren.

Acaso acabemos de perder al filósofo más emblemático de la transición democrática española, toda vez que sus ideas vienen a encarnar cabalmente el espíritu que animó esa transición política. En su sepelio uno de los conjuntos florales portaba la siguiente leyenda: *Hacia la paz, perpetuamente*. Nada podía resumir mejor la correlación entre aquel espíritu y esas ideas que este lema de raigambre kantiana. ☘

ROBERTO R. ARAMAYO ES CO-EDITOR DE LA REVISTA *ISEGORÍA*,
DISENSO E INCERTIDUMBRE Y DIÁLOGOS CON JAVIER MUGUERZA.